

ANDALUCÍA: ENTRE BAILÉN Y SEVILLA

Marion REDER GADOW¹

ANDALUCÍA por su situación geográfica presenta unas condiciones singulares; es la región más meridional y extensa de la Península, que se prolonga desde el reborde Sur de la meseta hasta el Estrecho de Gibraltar, cabalgando sobre tres unidades estructurales muy diferentes entre sí: Sierra Morena, el Valle del Guadalquivir y las cordilleras Béticas.

La primera unidad, la constituye Sierra Morena situada sobre un borde escarpado y montañoso, mientras que la segunda, el valle del Guadalquivir, se encuentra situada sobre una vasta llanura recorrida por el río, que facilita la comunicación con el interior. La tercera corresponde a las cordilleras Béticas que, por el contrario, constituyen dos regiones abruptas separadas por una depresión: una la Meridional o cordillera Penibética y otra Septentrional o Subbética, que se extiende hacia la costa Mediterránea.

Esta configuración orográfica ha quedado plasmada en los Reinos de Sevilla y Granada. El primero, mucho más próspero que el segundo, volcado en la fachada atlántica al tráfico comercial con el Norte de África, las Canarias y América; además de Cádiz y Sevilla, puertos obligados para las rutas comerciales europeas. El Reino de Granada fue el último en incorporarse a Castilla y su zona de influencia se orienta más hacia Italia, abarcando el Norte de África y el Mediterráneo oriental.

Estas connotaciones geofísicas han condicionado notablemente el desarrollo de la Guerra de la Independencia en Andalucía. La primera derrota que sufrieron los disciplinados ejércitos de Napoleón fue en Bailén. El último reducto que permaneció fiel a la causa de Fernando VII fue Cádiz y la Isla de León. Desde la Serranía de Ronda se inició un hostigamiento conti-

¹ Profesora de la Universidad de Málaga.

nuo sobre los ejércitos josefinos que minaron hasta tal punto la moral de los generales y de las tropas que acabaron por retirarse de nuevo a Francia.

Antecedentes

Ahora bien, Andalucía no ha tenido únicamente una presencia activa en la Guerra de la Independencia. Andalucía ha tenido también un protagonismo esencial en momentos claves en el devenir histórico de la Monarquía española.

Brevemente, voy a recordar tres hitos que pueden señalarse como antecedentes del comportamiento de Andalucía ante la invasión napoleónica en los cuales el objetivo que guiaba la confrontación bélica era el ideal de cruzada y en los que la colaboración de todos los estamentos sociales contribuyó a una victoria aplastante sobre el enemigo.

El primer hito, la batalla de las Navas de Tolosa, que tuvo lugar en un 16 de julio del año 1212². El *éxito de las tropas cristianas* fue posible gracias a la unión de todos los *Reinos Cristianos peninsulares*, de los representantes de la Iglesia y del pueblo, aliados en una causa común y con un único objetivo: vencer a las tropas musulmanas bajo el mando de Al-Nasir o Miramamolín y abrir así el paso bloqueado por Sierra Morena para la reconquista de Andalucía. Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón, Sancho el Fuerte de Navarra, don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, junto con numerosos condes castellanos y el arzobispo de Toledo, don Rodrigo Jiménez de Rada, las Órdenes de Caballería y los hombres del pueblo llano, lograron esta gran victoria. La idea que guiaba a todos los combatientes era una guerra de cruzadas, una guerra justa, una guerra santa. La victoria de la batalla de las Navas de Tolosa permitió la entrada de las tropas cristianas en Andalucía y lograr su progresiva reconquista.

Otro acontecimiento histórico para Andalucía tiene lugar a comienzos del reinado de Carlos V, cuando las diferentes ciudades andaluzas se niegan a participar en la agitación comunera de Castilla contra la nobleza flamenca y que, además, cuestionaba al propio Monarca³. En julio de 1520 las ciudades andaluzas se negaron a enviar representantes a la Junta de Ávila, a pesar

² VARA THORBECK, C.: *El Lunes de Las Navas*, Universidad de Jaén, 1999, p.113.

³ MORENO ALONSO, M.: *Historia de Andalucía*, Sevilla 1995, p.487. En la Rambla se celebró la Concordia de la Rambla, en 1521, constituyéndose la Santa y Real Confederación entre las villas andaluzas para contrarrestar el posible enfrentamiento civil que podía desencadenar el movimiento de los comuneros de Castilla. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. (coord.): *Historia de Andalucía*, ed. Planeta, Barcelona 1981.

de la campaña de subversión realizada al Sur de Sierra Morena. Andalucía no sólo se mantuvo al margen del movimiento de las Comunidades, sino que tomó las medidas necesarias para resistir a la rebelión de forma colectiva. Tal fue el carácter de la Liga de la Rambla, en donde se decidió proclamar la lealtad de Andalucía a su Rey legítimo y resistir a todo intento de rebelión. En 1521 se reunieron en la Rambla los representantes de Sevilla, Córdoba, Jaén, Jerez de la Frontera, etc. No se puede asegurar si esta cohesión de las diferentes ciudades andaluzas frente al movimiento comunero respondió a una conciencia de particularismo regional de Andalucía. Parece ser que sí, y que esta colaboración se repetirá en otros momentos históricos. Hay, por tanto, que rechazar la afirmación del conde de Toreno de que esta actitud se debe a una dejación, a la apatía de Andalucía, regida por varias familias andaluzas que no deseaban implicarse en la revuelta⁴.

Un tercer momento fue la Guerra de Sucesión. A pesar de los tremendos desastres que este enfrentamiento armado trajo consigo, unió a los andaluces, y a gran parte de los españoles, en torno a Felipe V y promovió un espíritu de sacrificio en espera de que la nueva dinastía introdujera cambios que devolvieran a España su antaño esplendor, superando así la larga decadencia en que se vio sumida la Corona durante el reinado de Carlos II⁵. El primer enfrentamiento bélico en tierras españolas, en la denominada Guerra de Sucesión, tuvo lugar en la bahía gaditana, cuando la flota anglo-holandesa atacó el puerto de Cádiz: una escuadra de cincuenta navíos de guerra, con otros tantos de transporte, en los que se encontraban embarcados catorce mil hombres bien pertrechados de armamento⁶. George Rook ostentaba el cargo de Almirante de la flota, mientras que el duque de Ormont mandaba la tropa embarcada. Andalucía, convertida en frontera de guerra, se encontraba totalmente desabastecida de tropas, víveres y armamento. A pesar de la valerosa resistencia que opuso un único contingente de caballería junto con los vecinos de Rota, del Puerto de Santa María y Puerto Real, la superioridad de la artillería y del ejército enemigo obligó a estas plazas a rendirse. La infantería inglesa y holandesa desembarcó saqueando las casas, almacenes, iglesias y conventos. Los aliados dieron rienda suelta a su antagonismo y se ensaña-

⁴ CONDE DE TORENO: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, B.A.E., Madrid 1953.

⁵ REDER GADOW, Marion: «La política norteafricana en el cambio dinástico: las tropas defensoras de Melilla (1700-1715)», *La Guerra de Sucesión en España y América, X Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Cátedra «General Castaños», Sevilla 2001, pp.161-182.

⁶ CALVO POYATO, J.: «Atacan los ingleses», *Historia 16*, n.º 85, Madrid 1983, pp. 29-36; y *La Guerra de Sucesión en Andalucía. Aportación al conflicto de los pueblos del Sur de Córdoba*, Diputación Provincial, Córdoba 1982.

ron contra la Iglesia católica, devastaron los templos, profanaron las imágenes y ornamentos sagrados y entregaron las monjas a los soldados⁷. Esta violenta actuación de las tropas aliadas dejó tan profunda huella en las poblaciones de la bahía de Cádiz que por Andalucía se extendió el rumor de que los aliados del Archiduque Carlos eran herejes y, convenientemente exagerada esta idea por la propaganda borbónica, como ha señalado María Teresa Picazo, Andalucía permaneció siempre fiel a la causa felipista⁸. Los partidarios de Felipe V consideraron este enfrentamiento bélico como una guerra de cruzada, una guerra santa, una guerra justa, puesto que los integrantes de las tropas aliadas eran, en su mayoría, protestantes⁹.

El triunfo de los ejércitos reales de Felipe V en Salvatierra y Segura contribuyó a que numerosas ciudades andaluzas estuvieran permanentemente comunicadas por medio de correos extraordinarios para determinar una acción conjunta en caso de que Felipe V necesitara su ayuda. Así, Córdoba, Jaén, Málaga, Écija y Baeza participaban de esta información privilegiada de la Corte, a pesar de su alto coste¹⁰.

Según los estudios de Miguel Ángel Orti Belmonte y de Ángeles Rubio Argüelles, podemos seguir paso a paso los incidentes que, en Córdoba y Málaga, dieron lugar a la revuelta popular del siglo XIX. Andalucía se va a sumar al malestar generalizado de la Monarquía. Así mismo, resaltan estos autores, como todas las fuerzas sociales se unieron para combatir y repeler los ejércitos de ocupación franceses¹¹. Estos escritores se basan principalmente en las fuentes que proceden de la documentación municipal, por lo que plasman los acuerdos de cabildo, la recepción de proclamas u órdenes que se recibieron en los respectivos Ayuntamientos. En los dos estudios tienen prioridad la noticia de la entrada del ejército francés en el territorio peninsular y la tensión, la alarma, que esta presencia suscitaba, a pesar de las buenas palabras del rey:

«Respirad tranquilos: Sabed que el ejército de mi caro aliado el emperador de los franceses atraviesa España con ideas de paz y amistad. Españoles conducíos como hasta aquí con las tropas del aliado de vuestro buen Rey»¹².

⁷ Observamos un cierto paralelismo con el saqueo de Córdoba por el ejército imperial.

⁸ PÉREZ PICAZO, M^a Teresa: *La publicística en la Guerra de Sucesión*, Madrid 1966, 2 vols.

⁹ REDER GADOW, Marion: «Repercusión de la toma de Gibraltar en la documentación malagueña», *II Congreso Internacional: El Estrecho de Gibraltar*, U.N.E.D. Madrid 1995, pp. 341-365.

¹⁰ Quizás un antecedente de las Juntas Provinciales.

¹¹ ORTI BELMONTE, M. A.: *Córdoba durante la Guerra de la Independencia (1808-1813)*, Córdoba 1930.

¹² RUBIO ARGÜELLES, Á.: *Apuntes Históricos malacitanos (1808-1812)*, Málaga 1956, p. 8.

En la documentación de Córdoba se leen los comunicados de los diputados de Guerra en los que informan sobre los posibles acuartelamientos para las tropas francesas en la ciudad, ubicados en los conventos de Santa Victoria, San Pablo, San Agustín y las Escuelas Pías. Sin embargo, los cenobios del Carmen y de Madre de Dios eran considerados como los más adecuados para no alterar la actividad diaria de la urbe con la presencia de los soldados. Alojamiento estos que era preciso equipar con camas, sábanas y otros enseres que había que financiar.

Día a día, la tensión de la población cordobesa se encrespaba con las noticias de la confiscación de todos los bienes, acciones y derechos del Príncipe de la Paz. A estos comunicados se añadió la noticia de la abdicación de la Corona de Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII, por lo que, siguiendo la tradición, se iniciaron por parte de las autoridades civiles y religiosas de las ciudades andaluzas los preparativos para los festejos de exaltación al trono del nuevo monarca¹³. En Málaga, el gobernador político-militar, don Teodoro Reding, presidía las sesiones del cabildo municipal y supervisaba los preparativos para las ceremonias de entronización de Fernando VII¹⁴. En Granada, el Cabildo municipal dispuso fiestas y regocijos públicos, señalando las noches del 17, 18 y 19 para que hubiese iluminación general, repique de campanas y salvas de artillería en la Real Fortaleza de la Alhambra¹⁵. Nada hacía sospechar que este suceso iba a ser el comienzo de una serie de hechos que transformarían profundamente la vida nacional y culminarían con la Guerra de la Independencia.

Pero las noticias se iban sucediendo con extraordinaria rapidez y el día 2 de mayo se leyó en el Ayuntamiento de Córdoba una orden de la Junta Central de Abastecimiento de Madrid en la que se les conminaba a colaborar con el abasto de las tropas francesas. También en esta reunión capitular se notificó la llegada de Fernando VII a Vitoria, de paso, para entrevistarse con Napoleón en Bayona. Desde ese momento se percibe un cambio de opinión entre los españoles que exteriorizan su recelo y comienzan a ver a los franceses como enemigos de la Corona. Pero la chispa que desencadenó la

¹³ ORTI BELMONTE, M.A.: *Córdoba durante la Guerra de la Independencia 1808-1813*, Córdoba 1930, p. 8. Orti Belmonte señala como la alarma en la ciudad de Córdoba aumentaba de día en día y que se constataba un continuo ir y venir de las postas de Madrid con órdenes y despachos reales. El 25 de marzo se recibió la provisión del Consejo, fechada el 20 de marzo, en la que se comunicaba la abdicación de Carlos IV a favor de su hijo Fernando VII. Posteriormente vino la real orden del 6 de abril en la que Fernando ordenaba a la ciudad a que levantaran pendones en su nombre.

¹⁴ RUBIO ARGÜELLES; Á.: *Op. Cit.*, p. 19.

¹⁵ MARTÍNEZ RUIZ, E.: *El reino de Granada en la Guerra de la Independencia*, Diputación Provincial, Granada 1997, p. 37.

indignación de los andaluces fue el recibimiento del *Parte* del Alcalde de Móstoles, que daba cuenta de los sucesos ocurridos en Madrid el 2 de mayo¹⁶. El corregidor de Córdoba recabó la inmediata información del capitán general de Cádiz, don Manuel de la Peña, que remitió palabras tranquilizadoras a la población, instando a las autoridades a que siguiesen permitiendo el paso a las tropas francesas y afirmando que la Junta de Gobierno seguía velando por el bienestar de los vasallos.

Sin embargo, la salida del infante don Antonio, Presidente de la Junta de Gobierno que había constituido el Rey a su salida de la Corte, rumbo a Bayona, concitó los presentimientos más sombríos para los españoles¹⁷. No obstante, el Ayuntamiento cordobés se reunió en sesión plenaria y acordó seguir las directrices señaladas por el capitán general de Cádiz¹⁸. Además, se convocó una Junta integrada por los prohombres, regidores y miembros de la Iglesia, que trató de transmitir tranquilidad a los excitados ánimos de los vecinos por la difusión de los sucesos del 2 de mayo en Madrid y recuperar la normalidad. Vano deseo, ya que pronto la noticia de la renuncia de la Corona por Fernando VII a favor de su padre Carlos IV se extendió como un reguero, así como el nombramiento de lugarteniente del Reino a favor de Murat. Aunque se exhortaba a los españoles a que obedecieran a la junta de gobierno del Consejo del Reino, estaba claro que en España no había rey y, prueba de esa certeza, es que se recibían en Málaga y Córdoba las proclamas firmadas por el lugarteniente, gran duque de Berg.

El 22 de mayo se reunió de nuevo el cabildo cordobés para analizar la convocatoria de las Cortes de Bayona y en ellas tratar los asuntos de España, en ausencia del monarca y en territorio extranjero. Pese al nombramiento de diputados por Córdoba para desplazarse a Bayona a la Junta Nacional, estos no participaron por decisión del presidente de la Junta de Sevilla, que anuló sus poderes. En Granada se designó a dos representantes granadinos que se encontraban en la Corte: don Diego de Montes y el marqués de Villalegre, para que acudieran a Bayona. Sin embargo, éstos se desviaron del camino trazado y retornaron a Andalucía para ponerse a disposición de la Junta. En Málaga se designó al conde de Puerto Hermoso como diputado para el Congreso de Bayona, acompañándole los regidores don

¹⁶ PRIEGO LÓPEZ, J.: *Guerra de la Independencia 1808-1814*, vol. II., ed. San Martín, Madrid 1989, pp.1-12.

¹⁷ GUERRERO ACOSTA, J.M.: «El ejército francés en Madrid», *Revista de Historia Militar*, Instituto de Historia y Cultura Militar, año XLVIII, n.º extraordinario, pp. 235-263.

¹⁸ Belmonte debe hacer referencia al Capitán General de Andalucía cuya sede se encontraba entonces en Cádiz.

Diego Quilty y don José Señan y Velásquez, que fueron apresados a su paso por Sepúlveda y retenidos durante 69 días¹⁹.

El asombro de los cordobeses fue total al llegar, al día siguiente, la noticia de la renuncia de la Corona por parte de Carlos IV a favor de Napoleón. Los sucesos del 2 de mayo de 1808 originaron a lo largo de este mes el levantamiento de casi toda España contra las tropas francesas. Constituida la Suprema Junta de Gobierno, el 3 de mayo, comenzaron las movilizaciones en Andalucía y, desde Sevilla, llegaron las proclamas en las que se alentaba a la agresión de los franceses por la separación violenta de los soberanos. Una vez constituida la Junta de Sevilla, se mandó que enviaran correos a Córdoba, Málaga, Jaén y Granada convocando la sublevación contra los franceses. Además, habían decidido armarse, reunir al ejército español y solicitar las milicias de los paisanos armados para que se reunieran en Antequera u Osuna.

A pesar de la crispación social, en Córdoba se esperaba la próxima llegada de las divisiones francesas de paso. La llegada de don Ramón Gavilanes, oficial del regimiento de España, procedente de Sevilla, dando vivas a Fernando VII alteró la normalidad ciudadana²⁰. Gavilanes traía consigo unos pliegos en los que se notificaba a las autoridades cordobesas la formación de la Junta del Reino e invitaba a los representantes de la ciudad a unirse para defender mejor al Monarca y a la Patria. Tras largas deliberaciones, decidieron secundar el plan propuesto por Sevilla, armar la capital y levantar el pendón real por Fernando VII. Así mismo, el 29 de mayo llegó a Granada el teniente de Artillería, don José Santiago, enviado por la Junta de Sevilla, y encontró la ciudad agitada por el Padre Puebla, que animaba a los granadinos a tomar las armas en defensa de la *Religión, el Rey y la Patria*. Se alistaron los hombres solteros, casados y viudos entre los 16 y los 40 años y con ellos se formaron nuevas unidades que se confiaron al mariscal de campo, don Teodoro de Reding, gobernador de Málaga²¹. En Granada se sucedieron tumultos que causaron la muerte al brigadier don Pedro Trujillo, antiguo gobernador de Málaga (1797), casado con Micaela Tudó, hermana de la amiga íntima de Godoy, acusado de mantener correspondencia con Murat. La Junta granadina los mandó detener y encarcelar en la prisión de la Alhambra, pero la multitud exigió que se les trasladase a la cárcel de la Chancillería. A pesar de las cautelas, fue asaltada la cárcel, Trujillo fue apuñalado y su cadáver arrastrado por las calles de la ciudad²². En

¹⁹ RUBIO ARGÜELLES, Á.: *Op. Cit.*, p. 24.

²⁰ ORTI BELMONTE, M.A.: *Op. Cit.*, p. 15.

²¹ OLIVA MARRA-LÓPEZ, A.: *Teodoro Reding en la España de su tiempo*, Cedma, Málaga 2002.

²² PRIEGO LÓPEZ, J.: *Op. Cit.*, p. 31.

Málaga, la tensión se palpaba en el ambiente. El 4 de junio el administrador de correos dio cuenta de que las sacas de la correspondencia de Madrid y Sevilla habían sido saqueadas por el gentío que intentaba conocer la verdadera situación en la Corte y que creía que las autoridades malagueñas silenciaban²³. El pueblo quería saber la verdad. Teodoro de Reding, como presidente de la Junta, se opuso desde el primer momento a cualquier tipo de violencia o atropello. Narciso Díaz de Escovar anota que el 20 de junio un grupo de vecinos sacaron del Castillo de Gibralfaro al vicecónsul francés, M. D' Argaud, y a Juan Crohare y les dieron muerte²⁴. Los malagueños deseaban engrosar el ejército de Andalucía, por lo que los hombres se integraron en un cuerpo de milicias, en una compañía de cazadores y en otra de artillería²⁵.

Una vez calmados los ánimos, la Junta granadina propuso editar un periódico con el título de *Diario de Granada*, que informase de cada uno de los acontecimientos que sucedían en el resto del Reino y que publicase las resoluciones promulgadas. Para aunar los objetivos, se constituyó una Junta de Gobierno y, aunque hubo sus diferencias, se llegó al acuerdo de que las Juntas de Córdoba, Granada y Málaga dependieran de la de Sevilla. Así mismo, el oficial Gavilanes nombró general del ejército que se había de levantar en Córdoba al teniente coronel Echávarri y publicó un bando animando a los jóvenes a que se alistaran como voluntarios en el Ayuntamiento. Echávarri no dudó en convocar a filas a los expatriados, a los defraudadores y a los fugitivos, prometiéndoles el indulto a cambio de su participación. Se celebraron misiones, se predicaron exhortaciones en los templos y se invitó a los vecinos a que acudieran a la llamada de la defensa del Rey. Córdoba se convirtió en un gran cuartel con cerca de 4.000 hombres, eso sí, carentes de material de guerra y de disciplina, que se enfrentarían a las divisiones francesas. Ante esta caótica situación, Echávarri solicitó urgentemente a la Junta de Sevilla armas, caballerías y pertrechos para equipar a sus hombres.

²³ RUBIO ARGÜELLES, Á.: *Op. Cit.*, p. 22.

²⁴ DÍAZ DE ESCOVAR, N.: *Curiosidades malagueñas. Colección de Tradiciones, biografías, Leyendas, Narraciones, Efemérides, etc. que compendiarán, en forma de artículos separados, la Historia de Málaga y su Provincia*, Málaga 1899, ed. facs. ed. Arguval, Málaga 1993, pp. 273-275.

²⁵ REDER GADOW, Marion: «Ambigüedad de la Iglesia malagueña durante la Guerra de la Independencia», *La Guerra de la Independencia. Estudios*, ARMILLAS VICENTE, J.A. (coord.), Institución Fernando El Católico, Zaragoza 2001, pp. 677-688. Teodoro Reding, un militar suizo, del cantón de Schwitz, al servicio de España desde 1781, acaudilló las tropas del Reino de Granada, entre las que se encontraban reclutados vecinos malagueños encuadrados en un cuerpo de milicia, una compañía de cazadores y un escuadrón de caballería.

De esta manera, mientras en Andalucía se organizaron las Juntas de Sevilla (mayo de 1808), Granada (30 de mayo de 1808) y Málaga (31 de mayo de 1808), que inmediatamente movilizaron las tropas que se encontraban acantonadas en sus zonas. Se hicieron dos grandes concentraciones de fuerzas: una organizada por la Junta de Sevilla, al mando del general Castaños en Utrera, y otra, organizada por la Junta de Granada, al mando del general Ventura Escalante. A ello hay que añadir las tropas levantadas en Córdoba, dependientes de Sevilla, por el teniente coronel Echávarri y las fuerzas que, huyendo o retirándose de Portugal, se fueron incorporando a las provincias limítrofes del vecino reino.

Durante los meses de mayo, junio y julio los franceses intentaron sofocar la revuelta, creyendo que para ello iban a ser suficientes las fuerzas militares que hasta la fecha habían entrado en España. Sus cuerpos de ejércitos iniciaron una serie de operaciones ofensivas que concluyeron con muy diferentes resultados²⁶. Frente a ellas, las fuerzas españolas, faltas de una férrea organización y dirección, adoptaron una actitud defensiva, aunque los ejércitos de Galicia y Castilla sí emprendieron acciones ofensivas que finalizaron en la derrota de Róseco. El territorio peninsular quedó controlado por las fuerzas de una y otra nación.

Las fuerzas francesas. Misión de Dupont

En medio de esta tensa situación se tiene conocimiento de la salida de Toledo, donde tenía su cuartel general del Segundo Cuerpo de Observación de la Gironde al mando del general de división Pedro Dupont. Su misión era introducirse en Andalucía con el doble propósito de situarse en Cádiz, ciudad que despertaba gran interés en los objetivos de Napoleón para su lucha contra Gran Bretaña, y prestar apoyo a la escuadra francesa del Almirante Rosily, que se encontraba fondeada en aquella plaza. No se desplazaba la totalidad del Cuerpo, sino solamente la primera división más una brigada de cazadores a caballo, una brigada de dragones, un batallón de marinos de la Guardia y 18 piezas de campaña; con un total de 7.836 infantes franceses, 2.942 caballos, más 700 u 800 hombres de artillería y servicios. A ellos deberían unirse 3.500 soldados galos de caballería e infantería que Junot enviaba desde Lisboa a Cádiz.

²⁶ CÁCERES ESPEJO, C.: *El Ejército de Andalucía en la Guerra de la Independencia*, ed. Algazara, Málaga 1999, p. 144.

Además habría que añadir dos brigadas de suizos al servicio de España: la primera, al mando del general Rouyer, constituida por los regimientos 2.º (Reding) y 6.º (Preux), y la segunda, al mando del general Shramm, con los regimientos 3.º (Reding) y 5.º (Traxler), con un total teórico de unos 7.000 infantes. De éstas, finalmente sólo se constituyó la primera brigada, con tres batallones y un total de 2.400 hombres, que después se unió al Cuerpo, haciendo constar sus coroneles su desacuerdo con la participación en estas operaciones²⁷. La otra brigada no pudo formarse por haberse incorporado al levantamiento patriótico los regimientos de suizos que debían formarla, acantonados en Málaga y Cartagena, respectivamente.

Siguiendo las órdenes de París, las tropas francesas iniciaron su salida el 23 de mayo. El total de fuerzas militares al mando del general Dupont que inicialmente entraron en Andalucía fue de 13.000 o 14.000 hombres de todas las armas, de los que 2.400 eran suizos españoles. El avance fue rápido. El 5 de junio las tropas francesas llegaron al puente de Alcolea, en las inmediaciones de Córdoba, y allí estaba esperando al ejército francés un destacamento de las fuerzas españolas, compuesto en su mayoría de milicias apresuradamente organizadas bajo el mando del teniente coronel de infantería don Pedro Agustín de Echávarri. Este veterano militar, con un gran arraigo en Córdoba por haber sido el organizador de la resistencia desde los primeros momentos, llegó a reunir más de 15.000 voluntarios²⁸. La Junta de Sevilla designó para el mando supremo de Córdoba al brigadier don Francisco Javier de Venegas, militar retirado de gran fama y experiencia profesional. Aunque Venegas se trasladó a la ciudad de la mezquita y tomó posesión de su cargo, al ser consciente de la gran ascendencia de Echávarri entre la población cordobesa, delegó en él la instrucción y dirección de los voluntarios, así como de las escasas fuerzas regulares que le acompañaban.

La batalla se inició con un encarnecido duelo entre la artillería francesa y española quedando seriamente afectado la villa de Alcalá y los alrededores del pueblo. Los franceses fueron superiores a los españoles y les persiguieron hasta Córdoba. Las negociaciones de claudicación de la ciudad fracasaron y la artillería abatió las puertas mientras los soldados cometían toda clase de atropellos en la población saqueando tropelías, violando, robando y asesinando²⁹. El día 17 salieron las tropas invasoras de la ciudad y sus

²⁷ CÁCERES ESPEJO, C.: *Op. Cit.*, p. 145.

²⁸ *Ibidem*, p. 146.

²⁹ NAPIER; W. F. P.: *History of the war in the Península and in the south of France from the year 1807 to the year 1814*, Londres, 1814, tomo I., en HARO MALPESA, J. de: *La Campaña de Andalucía en la Historiografía inglesa*, Universidad de Jaén, Bailén 2002, pp. 137-170. El autor inglés William Francis Patrick Napier niega el saqueo de Córdoba.

dirigentes pidieron ayuda a la Junta de Sevilla para que no volvieran a sufrir los horrores del general Dupont³⁰.

Constitución del Ejército de Andalucía

A la vista de las amenazadoras evoluciones del Segundo Cuerpo de Observación del general Dupont y de su internamiento en Andalucía, a principios de junio la Junta de Sevilla ordena a Castaños que concentre sus dispersas tropas en la población de Carmona. Pero en esta población corría el peligro de que las tropas francesas los envolvieran por el Sur, por lo que Castaños prefirió reunir las tropas en Utrera, protegiendo las rutas a Cádiz y a Sevilla. El 12 de junio se estableció en esta ciudad el Cuartel General del futuro ejército de Andalucía e inmediatamente comenzaron a llegar unidades y voluntarios para completar las plazas vacantes. Se iniciaron los ejercicios para la instrucción militar de todos y la organización del ejército. En Carmona se quedó un cuerpo de observación al mando del general marqués de Coupigné, jefe de la vanguardia, que llevó a cabo una eficaz labor de distracción de los franceses que se encontraban ya en La Carlota y Écija³¹.

El 26 de junio la Junta de Sevilla pasó revista, quedando asombrada de los avances logrados en la formación e instrucción de las tropas. Pocos días después, rechazó una oferta británica para que la división de Spencer se incorporase al ejército de Andalucía, pero disponiendo que permaneciese en la retaguardia para cubrir una posible derrota.

Al general Dupont le llegaron noticias sobre la formación del ejército español y sobrestimó su poder. Como no llegaban los refuerzos solicitados y la escuadra de Rosily se había rendido en Cádiz el 14 de junio, consideró prudente abandonar Córdoba y retirarse a Andujar³². La cercanía de las tropas españolas podía envalentonar a la población y originar un motín. Ahora bien, el general Dupont trató de permanecer en constante comunicación con Madrid, pero con la intención de proseguir su avance hacia Sevilla o Cádiz en cuanto las condiciones se lo permitiesen. Sin embargo, Dupont ya se encontraba aislado por la presencia de destacamentos armados y debido a los pueblos declarados en franca rebeldía a lo largo de la línea de comunicación en el eje Castilla-Andalucía.

³⁰ CÁCERES ESPEJO, C.: Op. Cit., p.147.

³¹ MOZAS MESA, M.: *Bailén. Estudio político y militar de la gloriosa jornada*, Madrid 1940, p. 622.

³² *Ibidem*, p. 594.

Cuando los franceses llegaron a Andújar, los habitantes habían huido con todas las provisiones, por lo que el general Dupont se vio obligado a enviar una expedición a Jaén en busca de avituallamiento para su ejército. La ciudad jiennense no contaba con más defensa que un cuerpo de milicianos que huyeron al primer disparo, por lo que los franceses entraron a saco y, de nuevo, se repitieron los pillajes, saqueos y violaciones vividas en otras poblaciones, regresando a Andújar con el alimento suficiente para unas jornadas.

En Madrid había una seria preocupación por la ausencia de nuevas de las fuerzas del general Dupont. El general Savary, que después de la marcha de Murat había quedado al mando de todas las operaciones francesas en España, decidió enviar la segunda división del cuerpo de Dupont al mando del general Vedel para restablecer el enlace y averiguar su situación. Este contingente, compuesto por una división más el sexto regimiento de dragones provisionales, salió de Toledo el 16 de junio y se encontró el desfiladero de Despeñaperros bloqueado por una fuerza de 2.000 españoles, en su mayoría paisanos. No dudó en abrir fuego y despejar el camino hacia La Carolina, donde se encontró con el general Roize, que, a su vez, trataba comunicarse con Madrid³³. El general Vedel logró ponerse en contacto con Dupont y le comunicó la caótica situación de un país alzado contra los franceses, la pérdida de contacto con Madrid y la posible llegada de un carro con alimento procedente de Santa Cruz de Mudela. El general Vedel le transmitió las órdenes de Savary, que conminaba a Dupont a que abandonase su idea ofensiva, que permaneciese en su posición y mantuviese las comunicaciones abiertas con Madrid.

Sin embargo, el general Dupont desoyó las recomendaciones de Savary y ordenó a su subordinado avanzar con su división hacia Bailén, donde entraría el 29, dejando tras de sí el puerto de Despeñaperros. El 1 de julio Dupont le ordenó al general Cassagne ir a Jaén para conseguir provisiones, para lo que tuvo que ir a las poblaciones cercanas, a los caseríos y cortijos a por los alimentos. Salió el día 2, pero la ciudad estaba casi deshabitada y apenas había vituallas; además se encontraron con milicianos que, con la colaboración de campesinos armados, hostigaron a los franceses hasta tal punto que tuvieron que retroceder. Al siguiente día continuó el combate, reforzados los milicianos por algunas tropas regulares del regimiento suizo de Reding, que se habían acercado a la ciudad para ayudar a su población. Los franceses no tuvieron otra alternativa que retirarse a Bailén con un considerable número de bajas³⁴.

³³ CÁCERES ESPEJO, C.: *Op. Cit.*, p.148.

³⁴ *Ibidem*, p. 149.

Savary temía que los refuerzos enviados al general Dupont no fueran suficientes, por lo que decidió que la brigada Gobert, perteneciente al Cuerpo de Observación de la Costa del Océano (Mariscal Moncery) y acantonada en Cuenca, se pusiera en marcha para asegurar el paso de Despeñaperros. La unidad fue distribuida estratégicamente en puntos claves por los que únicamente consiguieron llegar a Guarromán, el 12 de julio, 1.800 infantes con cuatro piezas.

Ante la presencia de los franceses en Córdoba y la perspectiva de un ejército disciplinado formado a su disposición, la Junta de Sevilla tomó la decisión para actuar contra el enemigo. El plan de operaciones propuesto por Castaños y aceptado por la Junta a mediados de junio trataba de evitar una arriesgada batalla campal, por lo que se dedicaron a una guerra de continuo hostigamiento. Desde primeros de julio, las tropas reunidas por la Junta de Granada, unos 10.000 hombres, se encontraban itinerantes. Primero se desplazaron a las montañas situadas al Norte de Granada para prestar apoyo a los milicianos de Jaén que rechazaron la expedición de Cassagne. Luego continuaron su marcha hacia Porcuna, punto de reunión con las tropas de Sevilla, en el que se entrevistaron Castaños y Reding.

El 29 de junio, también se habían movilizado, con dirección a Córdoba, las tropas reunidas en Utrera, por lo que el general Castaños pudo entrar sin oposición en la ciudad de Córdoba. La marcha fue lenta debido al desconocimiento del despliegue enemigo y a la poca instrucción de los soldados. Precediendo al ejército marchaba el cuerpo volante de don Juan de la Cruz Mourgeon, seguido de la vanguardia, al mando del marqués de Coupigné. Desde Córdoba siguieron su avance sobre Andújar, abandonando la carretera principal y escogiendo un camino paralelo que pasa por Bujalance, Porcuna y Arjona. El 11 de julio se reunió con las fuerzas de Granada en Porcuna. El Cuerpo volante de vanguardia, al mando de Mourgeon, inició un hostigamiento contra las avanzadas francesas en Arjonilla, obligando a que éstas se replegaran hasta Andújar. En ese mismo día se procedió a la reorganización del ejército de Andalucía. La unión de las tropas de Sevilla y Granada incrementaron considerablemente los efectivos nacionales. Al mando conjunto quedó el general Castaños, pues, aunque el capitán general de Granada, don Ventura Escalante, que era más antiguo, decidió renunciar a su favor, a la vista de que éste aportaba mayor número de tropas.

Sin embargo, en contra de las recomendaciones de Castaños y de las recomendaciones de la Junta de Sevilla de actuar con prudencia, el ejército de Andalucía inició sus operaciones militares demasiado pronto. Al parecer, el saqueo de Córdoba exacerbó de tal manera el ardor combativo de los soldados y de la población que las autoridades civiles y militares, fuertemente

presionadas, se vieron obligadas a ordenar su inicio³⁵. El sistema de hostigamiento propuesto por Castaños no pudo llevarse a cabo por la propia actitud de los soldados, que refleja qué clase de hombres tenía el general a su cargo. Consciente el general Castaños del escaso tiempo dedicado a la instrucción, había decidido detenerse en Bujalance y continuar allí el entrenamiento; pero un conato de insubordinación de sus tropas, deseosas de combatir, le obligó a continuar adelante. Parece evidente que el ejército avanzó contra sus enemigos debido al ímpetu de sus soldados, más que por la decisión y determinación de su comandante jefe.

Por su parte, el general Dupont consideraba que la poca resistencia encontrada en el enfrentamiento de Alcolea y en Córdoba se debía a que las tropas españolas, integradas por milicias y voluntarios, estaban tan mal preparadas que no ofrecían un gran riesgo en una posición tan defendible como era Andújar.

La victoria de Bailén y la consecutiva retirada general de los franceses y del rey José confirmarían a los españoles en este error, haciéndoles creer que era posible detener e, incluso, derrotar a los franceses en campo abierto con sólo nuestras tropas³⁶.

Consecuencias de la Batalla de Bailén

Las consecuencias militares de la batalla de Bailén fueron sorprendentes, pues trastocaron todo el dispositivo francés en España. Los rumores del traslado del destacamento de Valdecañas habían paralizado y distraído a la mitad de las fuerzas del general Dupont. Así mismo, la confirmación de la derrota francesa y la posibilidad del avance del ejército de Castaños alteraron profundamente al general Savary y al rey José, hasta el punto de que decretaron la evacuación de Madrid y de casi todo el territorio español. Se levantó el sitio de Zaragoza y los franceses retrocedieron de sus posiciones³⁷.

³⁵ *Ibidem*, p. 151. Es indudable que un periodo de trece días resulta insuficiente para lograr un avance en la instrucción de tropas inexpertas en la guerra, incrementadas, además, por un numeroso contingente de reclutas. Si a esto unimos el temerario y general desconocimiento del peligro que suponía el ejército francés, el rechazo del ofrecimiento británico de unir la división de Spencer a las fuerzas de Castaños, el comienzo del ataque debe ser interpretado como un acto de ignorancia.

³⁶ *Ibidem*, p. 152. Desgraciadamente nunca más volvería a brillar la estrella de la fortuna para las armas españolas en batallas de grandes proporciones cuando actuaron solas con el esplendor que lo hizo en Bailén.

³⁷ *Ibidem*, p. 172.

La noticia de la victoria de Castaños animó a las distintas Juntas y a sus tropas para continuar en sus acciones contra los franceses. Como consecuencia de estas noticias, se produjo un avance general de los ejércitos españoles hacia la frontera francesa, pero éste se realizó con tanta lentitud como rapidez ponían los contrarios en retirarse hacia Francia. Todos y cada uno de los planes que Napoleón dispuso desde París para detener la retirada francesa, teniendo en cuenta los obstáculos naturales del terreno, fracasaron, pues cuando llegaban las órdenes, éstas ya habían retrocedido hasta la siguiente etapa. La retirada de José de Burgos el 15 de agosto fue criticada por Napoleón en una carta a su hermano cuyo contenido no tiene desperdicio.

«Todo lo que pasa en España es deplorable. El ejército parece mandado, no por generales que han hecho la guerra, sino por inspectores de postas. ¿Cómo se puede evacuar España sin razón que lo justifique, sin saber siquiera lo que ha hecho el enemigo? Pues de los informes del 8 y del 10 se deduce que no se sabía aún en Burgos si el general Castaños había hecho su entrada en Madrid. En todo ello se revela un desconocimiento absoluto de las nociones más elementales del arte de la guerra»³⁸.

Para muchos, el rey José era un títere que nadie respetaba. Su falta de carácter impidió organizar una defensa sólida en la capital, a pesar de que en ella se estaban concentrando fuerzas que hubieran podido batir a las andaluzas en campo abierto. Además, la ascendencia y dotes de mando de su hermano ausente no podían, a tan larga distancia, conseguir los efectos fulminantes que más adelante veremos. Hacía falta, para controlar la situación, la presencia del Emperador. Mientras que Napoleón se mantuviese en Francia, ni el ejército francés ni sus mandos se consideraban seguros. En sus *Memorias*, Savary cuenta los motivos que le impulsaron a aconsejar el repliegue y es muy elocuente la descripción que hace sobre la diferencia de entrar en acción con o sin la presencia de Napoleón.

Afortunadamente para los franceses, los españoles tampoco tenían al mando de sus ejércitos a un general con dotes y carácter para aprovechar la ocasión. Las consecuencias de la batalla de Bailén fueron para unos gozosas, como para Teodoro de Reding; para otros, como los prisioneros, sombrías.

Para memoria de esta batalla, la Suprema Junta de Sevilla, instituyó el 11 de agosto de 1805, la medalla de distinción de Bailén³⁹. Al principio fue otorgada a la primera y segunda división del ejército de Andalucía. Luego a

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ MOZAS MESA, M.: *Op. Cit.*, p. 619.

las otras dos y, por fin, a cuantos componían el citado ejército. La medalla se hizo de dos formas: ovalada y romboidal, de oro o de plata y algunas con fondo esmaltado en blanco. Todas tenían en el centro dos sables cruzados, entrelazados con una cinta, de ella pendía un águila abatida. Encima de los sables, una corona de laurel y, sobre ella, una cinta con la inscripción: «*Bailén, 19 de julio de 1808*».

El reverso, era liso. La medalla se colgaba de una cinta de seda, con los colores nacionales. La Junta Suprema de Sevilla, el 25 de agosto de 1808, aceptó la propuesta de condecoraciones y ascensos que hizo Reding a favor de los distinguidos de sus tropas.

La Cruz de Menjíbar fue creada por Real Orden de 18 de abril de 1816 para recompensar a la División del Ejército de Andalucía que mandaba el general Reding en la batalla contra los franceses en fechas inmediatamente anteriores a Bailén. Consiste en cuatro brazos rojos superpuestos a otros blancos que terminan en globos y entre los que van lises de oro, en el centro del círculo azul en el que van, en plata, un morrión, una coraza, una espada y una lanza; al dorso «*F.º 7.*» y «*Menjíbar 16 de julio de 1808*». Una corona de laurel liga la cruz a una cinta azul turquí con filetes encarnados, dispuesta para llevarse alrededor del cuello⁴⁰.

Medalla de
Bailén



Cruz de
Menjíbar

⁴⁰ GRAVALOS GONZÁLEZ, Luis y CALVO PÉREZ, José Luis: *Condecoraciones Militares Españolas*, editorial San Martín, Madrid, 1988.

Los Prisioneros

Para los soldados que caen prisioneros, las penalidades no han hecho más que empezar. Durante los primeros instantes de su captura, corren el riesgo de que la ira de sus enemigos, de sus captores, termine con sus vidas al instante, o los maltraten y dejen malheridos. En un segundo momento, durante su traslado hacia la retaguardia, correrán nuevos riesgos, sobre todo si atravesaban las ciudades, ya que si la animosidad contra ellos se propagaba a la población civil corrían el peligro de ser linchados en cualquier lugar. Por último, al ser recluidos en los campos de prisioneros, las penalidades derivadas de la mala alimentación, de una pésima sanidad y del abuso constante de los guardianes harán más difícil su supervivencia.

¿Qué trato se daría a los prisioneros de una guerra como la que sostuvieron España y Francia, una batalla total donde hombres, mujeres y niños lucharon implacablemente, brazo con brazo, contra los invasores de su patria?⁴¹ Las escenas de horror recorrieron el país de punta a punta, como nos muestra genialmente Francisco de Goya en sus *Horrores de la Guerra* o *Los desastres*. Los españoles, al igual que los franceses, se comportaron ferozmente con los desgraciados que cayeron en sus manos, hasta tal punto que la muerte fue en muchos casos un alivio para finalizar con las crueldades a las que estuvieron sometidos, como indica Cáceres Espejo.

Además, en aquellos tiempos estaba extendida la costumbre asociada con los oficiales prisioneros. Dado que se les consideraba «*hombres de honor*», era corriente pedirles la palabra de que no intentarían fugarse, fijándose un plazo y una zona donde tenía efecto el compromiso. Pasado el plazo o fuera del lugar, había que renovarla o el oficial quedaba libre para volver a sus filas con el honor inmaculado. Algunos oficiales no empeñaban su palabra, por lo que se les incluía con el resto de los soldados prisioneros y eran custodiados por centinelas armados. Los españoles no entraban en este sistema, casi reservado para soldados profesionales británicos, franceses o imperiales. Nuestros compatriotas no dudaban en intentar fugarse, pues no consideraban que la palabra que se le daba a un enemigo tuviera valor alguno.

Pero aún en el campo de batalla, apenas comenzó la tregua, Reding permitió que fueran desarmados los soldados franceses a por agua a la

⁴¹ *Ibidem*, p. 136. En efecto, en estos años 1800 no existía una reglamentación internacional para el trato que debía concederse a los prisioneros de guerra tal como existe hoy en día, con la actual Convención de Ginebra, firmada por casi todas las naciones. Aún hoy en día, con estas normas en vigor, el trato que se les da a los prisioneros puede ser en ocasiones lamentable, cuando no inhumano.

noria de la huerta de Lázaro⁴². En esta noria había campesinos sacando agua con cubos. Los franceses la llevaban en sus cantimploras. Alrededor de la noria había cuatro centinelas españoles, de Infantería, que mantenía el orden y, a pocos metros, un centinela de Caballería española y un dragón francés.

El conde de Toreno describe como los ejércitos españoles habían recibido, durante todo el combate, auxilio y ayuda de la población civil, mitigando la dureza de la lucha. Un testigo, José Carrero, posterior alcalde de Bailén, cuenta como los vecinos llevaban agua a las tropas, en medio del combate, con riesgo de su vida.

«A tan oportuno auxilio corrieron algunas heroínas mujeres que desatendidas de su sexo y de los riesgos, con barriles y cántaros andaban por medio del ejército, dando de beber a los soldados que admiraban su valor y patriotismo. Estando una de estas mujeres dando de beber a un soldado, una bala le quebró el cántaro y ella volvió con otro a seguir saciando la sed de los combatientes».

La capitulación de Bailén se firmó en Andújar, el 22 de julio, por mano de Francisco Javier Castaños y el conde de Tilly, en nombre de los españoles, y por los generales franceses Marescot y Chabert. En el artículo VI se indicaba que los prisioneros de las tropas francesas de Andalucía pasarían a Sanlúcar y Rota por los tránsitos que se les señalasen y que no podían exceder de cuatro leguas, hasta embarcarse en buques con tripulación española que los conducirían al puerto de Rochefort, en Francia. Pero ante el argumento de falta de navíos adecuados, sólo se permitió el regreso a Francia de parte de los mandos superiores del ejército rendido, incluyendo al general Dupont. El 23 de julio el ejército prisionero desfiló delante de Castaños y Reding⁴³. El pueblo consideraba como un justo castigo del cielo la derrota de los franceses, por todos los crímenes cometidos en Córdoba. El júbilo popular fue recogido por la Junta. Castaños fue felicitado y requerido a devolver los objetos robados en Córdoba por lo franceses, pero la respuesta fue que sólo entregaría los ornamentos sagrados y cuantos perteneciesen al culto. Los demás serían entregados a los oficiales galos según los pactos de la Capitulación.

⁴² OLIVA MARRA-LÓPEZ, A.: *Teodoro Reding en la España de su tiempo*, Cedma, Málaga, 2002, p. 196.

⁴³ PRIEGO LÓPEZ, J.: *Guerra de la Independencia 1808-1814*, vol. 2, ed. San Martín, Madrid, 1989, p. 254. Evalúa el número de prisioneros en 8.242 hombres de las fuerzas de Dupont y 9.393 de las de Vedel.

También en el artículo XVII se indicaba que la evacuación comenzaría el día 23 de julio y, para evitar el calor, se caminaría de noche, evitando que las tropas pasasen por Córdoba y Jaén.

El general Dupont observó que, tras el paso de los días, los españoles no cumplían su parte del compromiso de repatriar a Francia a los prisioneros franceses según la capitulación. Todo lo contrario, los soldados eran maltratados en las poblaciones. Por ello, escribió a Tomás de Morla para que se ocupara del cumplimiento de los acuerdos. La contestación del capitán general Morla fue la siguiente:

«Me es muy sensible no poder en ningún modo acceder a los que V.E. me pide y desea. Cuando el general Castaños otorgó la capitulación de que V.E. se prevale, no pudo prometer más de lo que fue posible al Gobierno ni que V.E. exigiese otra cosa. Además ignoraba los medios de proporcionar lo que ofrecía con la mejor fe; así me comunicó inmediatamente la capitulación para que con la mayor eficacia procurase su verificación. Mas desde luego vi su imposibilidad ¿de donde sacar, dado el estado que la ruinoso alianza con la Francia ha puesto a nuestra marina y comercio, buques para transportar 18.000 hombres? Y aun cuando lo hubiese, ¿no ha deseado vuestro soberano medios de equiparlos y proveerlos? ¿Los ingleses dejarán pasar impunemente tan numerosas tropas para que vayan a hacerles la guerra? ¿Con qué derechos exigiremos este consentimiento? Persuádase, pues V.E. a que es absolutamente imposible y fuera de nuestras fuerzas, el pronto transporte de vuestras tropas.

Permítame V.E. expresarle que no podía esperar ser bien acogido en los pueblos, después de haber mandado o permitido los saqueos, y crueldades que su ejército ha ejercido en varias ciudades y, singularmente, en Córdoba. Sólo se podía esperar de nosotros sentimientos de humanidad; los que V.E. llama de generosidad serían de imbecilidad y estupidez, ni de anacoretas podía V.E. exigirlo.

Tampoco tiene V.E. acción para reclamar los derechos de gentes y de la guerra respecto a nosotros, que con tanta perfidia han sido notados en las mismas personas de nuestros amados soberanos y con las tropas que de buena fe han ido a sostenerlos. ¿Dónde están las que enviamos al Noroeste? ¿Dónde las de Lisboa? Éstas se hallan desarmadas con engaños, y en lóbregas bodegas de navíos, sin haber hecho otro mal que ir a ayudar a vuestras tropas.

La conducta de la Francia nos autoriza con todo derecho a hacer a sus tropas todo el mal posible»⁴⁴.

Los restantes prisioneros fueron repartidos por diversos puntos de Andalucía. Una de las divisiones, mandadas por el general Lefranc, fue concentrada en Osuna. El 21 de agosto, un comisario español informó al militar galo que su unidad debía encaminarse a Málaga. Ya en camino, se comunicó al general Lefranc que los soldados se quedarían en Puente del Rey, en tanto que los oficiales serían llevados a la ciudad y albergados en dos edificios situados junto al muelle y frente al castillo de Gibralfaro⁴⁵. Las *Memorias* escritas por dos prisioneros, el coronel conde D' Eslon y el comisario Louis Demanche, nos ofrecen una visión amarga de la permanencia en Málaga de estos dos prisioneros. Por ejemplo, uno de sus párrafos relata como los domingos iban a oír misa, escoltados por un destacamento de soldados. Durante el trayecto hasta el templo eran objeto de insultos y amenazas por parte de los vecinos. En ocasiones les permitían ir a misa vestidos de paisanos, pero aún así sufrían improperios a su paso. En cierta ocasión, un hombre censuró a un mendigo que había recibido limosna de un oficial francés al reprocharle que no debía aceptar la caridad de enemigos de la Patria. El coronel D'Eslon, que era católico practicante, tuvo duras palabras para sus correligionarios españoles al acusarles de incitar al pueblo a la discordia, al asesinato y al desorden. Un día festivo, durante la celebración de la misa, el coronel herido, únicamente dobló una rodilla en el momento de alzar el sacerdote el cuerpo de Cristo. Se le acercó un monje y con malos modales le obligó a poner ambas rodillas en el suelo. El general murió tras una larga enfermedad y por la falta de atención médica necesaria.

Sin embargo, no todos los juicios del coronel D'Eslon daban una visión peyorativa del clero malagueño. Hablaba en términos encomiásticos y consideraba como un buen amigo al párroco de la iglesia parroquial de los Santos Mártires, don Juan Tomás Sánchez. Calificaba a este sacerdote de hombre bueno, instruido y pacífico que vivía con mucha necesidad de las limosnas de sus feligreses. D'Eslon habló con sus compañeros y obtuvo de ellos modestos donativos para el párroco de los Mártires como reconocimiento por el trato fraternal que dispensaba a los prisioneros franceses⁴⁶.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 138. Carta recogida en la obra «Documentos inéditos que pertenecieron al general Castaños», *Revista Crítica de Historia y Literatura*.

⁴⁵ GEISENDORF-DES GOUTTES, T.: *Les prisonniers de guerre sous le Premier Empire. Goëles et pontos d'Espagne. L'expédition et la captivité d'Andalousie*, Ginebra 1932, p. 176.

⁴⁶ REDER GADOW, Marion: *Op. Cit.*, p. 680. A las cuatro de la madrugada del día diez de diciembre de 1808 los prisioneros fueron despertados bruscamente y se les dio orden de partir para Guadix.

Tuvieron que insistir para que don Juan aceptara la suma recogida. El domingo siguiente durante el transcurso de la ceremonia litúrgica pudo observar como llevaba un bonete y unos zapatos nuevos. Los viejos se los había dado al sacristán.

Ciertamente, el conde de Toreno señala la dificultad que había para evitar linchamientos por el odio concitado que había contra los franceses. El modo tan taimado como habían procedido los hombres de Napoleón, los excesos, robos y saqueos cometidos en Córdoba y en su comarca. En Lebrija, por ejemplo, se descubrió casualmente en las mochilas de algunos soldados más dinero del que les correspondía y estos culparon a sus oficiales que a punto estuvieron de ser linchados.

Algo similar sucedió en el Puerto de Santa María. Al embarcarse, el 14 de agosto, se deslizó de la maleta de un oficial una patena y la copa de un cáliz. La retención de estos objetos contravenía uno de los capítulos de la capitulación en el que se había dispuesto la restitución de los vasos sagrados. Los prisioneros fueron castigados y se les incautó lo que llevaban consigo⁴⁷.

Algunos de los oficiales franceses que pasaron por Málaga intentaron que se ejecutara la capitulación, pero no tuvieron éxito. El corregidor regente, don Justo Martínez de Baños, recibió de la Junta de Sevilla algunos trofeos tomados a los franceses en las batallas de Sierra Morena, con encargo de ofrecerlos a Nuestra Señora de la Victoria, como recuerdo de los triunfos alcanzados por el ejército de Andalucía⁴⁸.

Cuando los prisioneros franceses fueron conducidos a las islas Baleares, en mayo de 1809, concretamente a la de Cabrera, Nazario Reding se encontraba destinado como gobernador militar de las mismas. Un día llevaron a algunos privilegiados de los prisioneros franceses y suizos a Palma. Entre estos se encontraban el coronel May, el teniente coronel Freuller y el capitán Muralt junto con una centena de soldados. En la ciudad fueron acogidos con protestas y gritos de odio e incluso intentaron lincharlos. Reding se interpuso para protegerlos pero el pueblo siguió con sus protestas e intentaron matarlos, por lo que fueron enviados de nuevo a Cabrera, donde permanecieron hasta el año 1813⁴⁹.

Para Teodoro Reding, vencedor de la batalla de Bailén, todo fueron parabienes. En Málaga se acordó organizar el día de Santa Ana una proce-

⁴⁷ CONDE DE TORENO, p. 108.

⁴⁸ RUBIO ARGÜELLES, Á.: *Op. Cit.*, p. 30. Un águila imperial y otros trofeos como recuerdo de los triunfos alcanzados por el invicto ejército.

⁴⁹ OLIVA MARRA-LÓPEZ, A.: *Op. Cit.*, pp. 196-197.

sión al convento de la Victoria y a la parroquia de Santiago en acción de gracias por los éxitos alcanzados por el ejército de Andalucía. Málaga celebraba que su gobernador, el general Reding, que al mando de un batallón de malagueños, entre otras unidades, logró vencer al ejército francés gracias a los certeros disparos de la artillería española y por el desfallecimiento de los soldados imperiales por el sol abrasador, por la sed y por el cansancio, como nos relata Rubio Argüelles. El triunfo de Bailén destruía las ambiciosas ilusiones de Napoleón y el prestigio que acompañaba a su nombre.

El cabildo Catedralicio de Jaén llegó a acordar que se levantase una estatua a Teodoro de Reding, como demostración de agradecimiento⁵⁰. Pero, donde recibió éste un recibimiento apoteósico fue en Málaga. El 1 de septiembre ascendía a Teniente General de los Reales Ejércitos y en la ciudad se tomó el acuerdo de felicitarle con todos los honores. Como el Regente de la Junta Suprema de Granada autorizaba la celebración de representaciones cómicas y de corridas de novillos, se convocaron estos espectáculos populares.

Así mismo, se propuso en el cabildo municipal obsequiar con un «caballo padre», de los que eligiera el propio general de la propiedad de la ciudad. Justo Martínez de Baños y Fernando Ordóñez, acompañaron al gobernador Reding para que eligiera el caballo que le regalaba la ciudad debido a que el suyo había quedado inutilizado en la campaña de Bailén. Sin embargo, ningún caballo de los que pastaban en la dehesa municipal fue del agrado del teniente general indicando «*que estaban picados en yeguas*» y que él proponía comprar un caballo tordo de un señor particular, don Juan Jimeno, que le serviría para continuar la campaña y que costaba 50.000 reales, precio que logró rebajarse a 20.000 que había que sacar del erario público. El equino, nos informa Andrés Oliva Marra-López, fue devuelto por Nazario Reding a la muerte del Teodoro en un rasgo de gratitud para Málaga⁵¹.

En Málaga, ya se habían celebrado el 22 y el 25 de julio un acto litúrgico y un Te Deum, con repique de campanas en acción de gracias ante la Patrona de la ciudad. Se iluminaron durante tres noches la fachada y torres de la Catedral. El día 17 tenía previsto Teodoro Reding entrar en Málaga, por lo que se acordó levantar un arco de triunfo a la entrada de la calle de Santa Rosa, adornado con figuraciones arquitectónicas, compuesto de pilastras, arquitebe, friso y cornisa con la inscripción: «*Al vencedor de los tiranos de Europa y libertador de Andalucía*». Encima del arco se instaló una

⁵⁰ MOZAS MESA, M.: *Op. Cit.*, p.720.

⁵¹ OLIVA MARRA-LÓPEZ, A.: *Op. Cit.*, p. 203.

gradería con un pedestal que sostenía un león luchando con un águila y en el que se leía: «*Viva nuestro amado Monarca don Fernando VII*». Las pilas-tras y el friso se adornaron con trofeos de guerra, armas reales y, en la parte superior, dos jarrones. Por el expresado arco pasó el general Reding, acompañado de una diputación de la ciudad, precedida de un destacamento de Caballería de la Guardia de Honor.

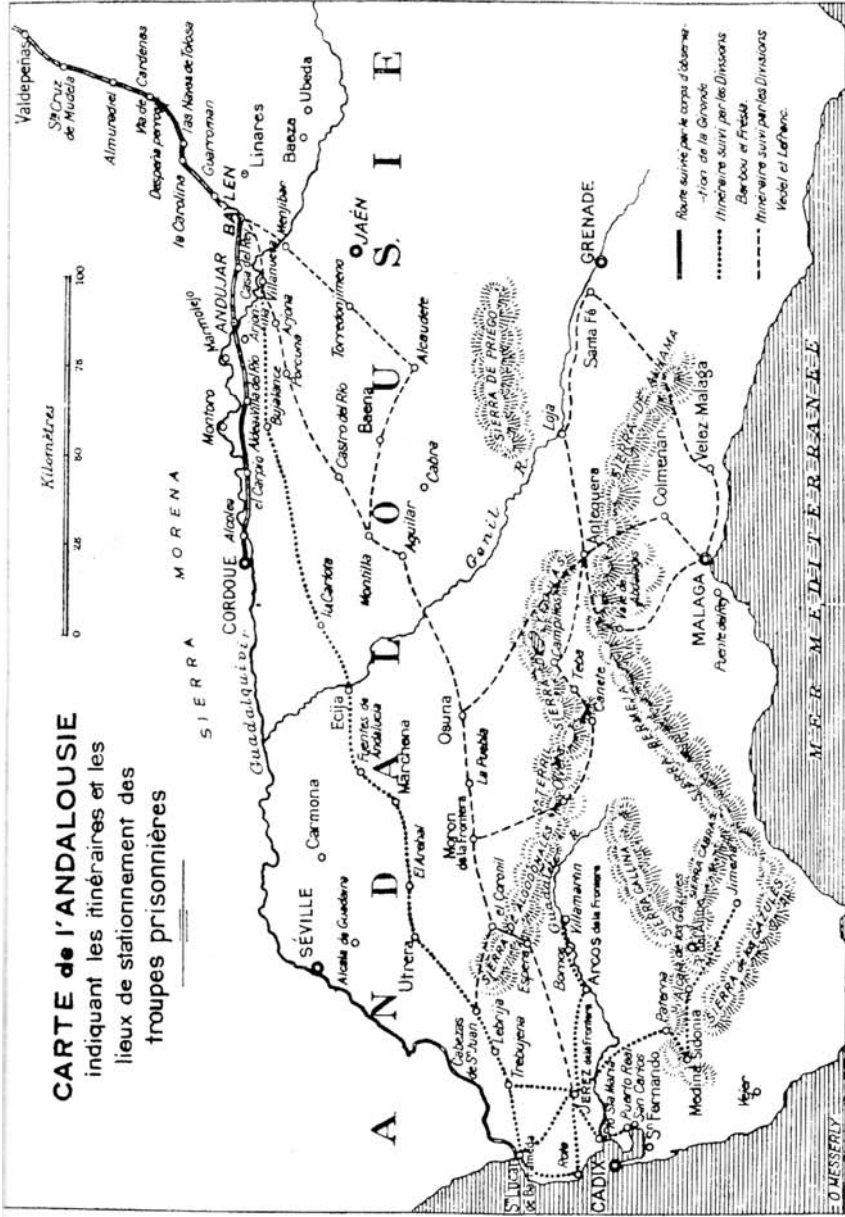
En el mismo acto, se abrió una granada, que colgaba de la clave del arco y que representaba al Reino de Granada, saliendo de ella una paloma con un ramo de olivo, símbolo de la paz y que se aspiraba conseguir en toda Europa. Tres niños, de cuatro a cinco años, que representaban las tres gracias, se encontraban junto al arco triunfal con canastos de flores que iban arrojando por la calle hasta el palco de la Ciudad. Una compañía del cuerpo de Tiradores, mandado por su comandante, el teniente coronel Joaquín Tentor, se encontraba formada en ala en el paredón del Guadalmedina. Frente al arco triunfal se hallaba el destacamento del Regimiento de Málaga, situado al costado derecho del arco. Ambos cuerpos del ejército hicieron los honores de ordenanza al teniente general don Teodoro Reding y la artillería disparó quince salvas de honor. Al entrar al palco del Ayuntamiento, se dispararon cohetes voladores. La compañía de Tiradores realizó una maniobra de despeje de la Plaza, flanqueada de banderas de las naciones amigas y aliadas, mientras la banda militar interpretaba piezas musicales⁵². Guillén Robles, al describir este recibimiento, indica que en la puerta de la catedral, el Cabildo puso en manos de Teodoro Reding una palma y una corona de laurel que él ofreció a la Virgen de los Reyes⁵³. El Municipio obsequió a su Gobernador un magnífico traje de general y multitud de presentes como un sable con su funda, que aún se conserva en el museo de su ciudad natal.

Una situación curiosa es la que se produce en Málaga, pues un conjunto de residentes franceses no querían volver a su país. La Suprema Junta de Granada tuvo que aprobar mediante un oficio su autorización para que los residentes franceses permaneciesen en Málaga siempre que prestaran su juramento a Fernando VII y que mostraran una conducta coherente. Por tanto, la Junta granadina dictaminó un oficio relativo a la forma que debían prestar fidelidad los súbditos franceses establecidos en Andalucía⁵⁴.

⁵² RUBIO ARGÜELLES, Á.: *Op. Cit.*, p. 30.

⁵³ GUILLÉN ROBLES, F.: *Historia de Málaga y su Provincia*, Málaga, 1874, ed. facsímil Málaga, 1977, p. 641.

⁵⁴ RUBIO ARGÜELLES, A.: *Op. Cit.*, p. 26.



Los distintos itinerarios seguidos por los prisioneros franceses de Bailén a Cádiz, en 1808, según el mapa de Oscar Messerly.

Creación de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino

La situación en que quedó España, con la liberación de la mayoría del territorio nacional sin monarca que gobernase, hubo que recurrir a un organismo que lo supliese. Efectivamente, una de las consecuencias de la victoria de Bailén, que liberó la mayor parte del territorio nacional, fue la posibilidad de reunir en Madrid a los representantes de las diferentes Juntas creadas espontáneamente por las distintas ciudades del territorio nacional⁵⁵.

La unidad esencial entre las diversas Juntas Revolucionarias era la exaltación de Fernando VII y el odio a los franceses. En mayo y en junio de 1808 no quedaba en España ni una sombra del poder central. La Junta que había dejado establecida en Madrid, Fernando VII, al partir para Francia, había aprobado las renunciaciones de Bayona y se había sometido a Murat. Además, el Consejo de Castilla carecía de autoridad por ser acusado de colaboracionista. Temporalmente la única solución posible era la reunión de una Junta Central formada por 35 vocales representantes de las diversas Juntas. Las reuniones preparatorias tuvieron efecto en el Palacio Real de Aranjuez. En esta población se instaló, el 25 de septiembre de 1808, la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, con asistencia de veinticuatro vocales que representaban a las Supremas Provinciales⁵⁶. La ceremonia de inauguración se ciñó al protocolo establecido. La Junta Central se atribuyó la plena representación del rey ausente, por lo cual requirió el tratamiento de Majestad y de Alteza para su Presidente.

El Consejo de Castilla se vio obligado a prestar juramento a la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino y a poner en circulación las cédulas que exigían que todas las ramas de la administración acatasen al nuevo gobierno. Así se instauró en España una autoridad central indiscutible. Como presidente de esta Junta Suprema se nombró al anciano conde de Floridablanca, don José Moñino, y como secretario a don Martín de Garay. Figura excepcional de la Junta Suprema Central fue don Gaspar Melchor de Jovellanos que, liberado después del motín de Aranjuez de la prisión impuesta por Godoy, había rehusado formar parte del gobierno de José Bonaparte.

La autoridad de la Junta Suprema Gubernativa fue reconocida en toda la España libre, en la no ocupada, aunque tuvo que luchar contra grandes inconvenientes: la primera la de las comunicaciones que dificultaban la coordinación de las Juntas Provinciales, que aún subsistían. Y además, den-

⁵⁵ MOZAS MESA, M.: *Op. Cit.*, p. 415.

⁵⁶ CONDE DE TORENO: *Op. Cit.*, p. 132.

tro de la misma Junta había diversidad de tendencias pues en algunos de sus miembros predominaba el espíritu tradicional, religioso y monárquico que había inspirado el movimiento; mientras que en otros continuaba el espíritu reformador y regalista de los ministros de Carlos III. Jovellanos fue consciente de que un organismo tan complejo no era el más indicado para una situación que requería medidas enérgicas y urgentes por lo que proponía una regencia interina, que convocaría Cortes cuando el territorio fuese liberado o a finales del año 1810.

La Junta Suprema Gubernativa se distribuyó en cinco secciones que recogían la tarea de las antiguas Secretarías del Régimen borbónico. La Junta Central administró bien sus escasos recursos, correspondientes a las contribuciones de la España aún libre y de los donativos voluntarios de los particulares, especialmente de los españoles de América y de los envíos del gobierno inglés. En lo que no fue acertada la Junta fue en lo militar, al designar a los jefes de los distintos cuerpos y a los altos mandos. Las guerrillas surgidas por la desesperación del pueblo español ante la ocupación francesa a comienzos de la guerra fueron reconocidas a finales de 1808 y se reglamentó su actuación.

La primera preocupación de la Junta Central fue la guerra. Si el pueblo creía que, después de Bailén, la guerra había finalizado las personas que integraban el supremo organismo sabían que ésta comenzaba ahora. En un elocuente *Manifiesto de la Junta Central* se ordenó la formación de un ejército de 500.000 hombres para lograr reconquistar la España ocupada. Pero era imposible en una España saqueada y desorganizada se pudiese reunir esta cifra de efectivos militares. La Junta Suprema Central contaba con tropas reclutadas apresuradamente, mal armadas y mal equipadas, con buenos oficiales pero entre los que faltaba un jefe carismático.

Napoleón recibió tardíamente la noticia de la capitulación de Bailén y la de Cintra, en virtud de la cual los franceses evacuaban Portugal. Incapaz de reconocer sus errores, culpaba a José y a sus generales de su torpeza y decidió ponerse al mando de los ejércitos imperiales. Y así se lo comunicó a su hermano, el 13 de octubre, en Erfurt. Quería o pretendía coronar en Madrid al rey de España y plantar sus águilas sobre las fortalezas de Lisboa. El 4 de noviembre de 1808 Napoleón atravesaba la frontera y pernoctaba en Tolosa. A partir de este momento, comenzaron las derrotas del ejército español. Victor derrotó al ejército de Blake en Espinosa de los Monteros, el 11 de noviembre. La división de Mouton deshizo al ejército del Marqués de Belveder en Gamonal; y Burgos fue entregado al saqueo, el 10 de noviem-

⁵⁷ CONDE DE TORENO: *Op. Cit.*, p. 143.

bre. El 23 del mismo mes, Napoleón salía de Burgos camino de Madrid⁵⁷. Tenía que atravesar con su ejército la cordillera del Guadarrama y tenía que optar por la ruta de Somosierra, la más corta, y por la de Segovia, por el Alto de los Leones. Napoleón envió a Lefebvre por Segovia y él, al frente de 40.000 soldados, reclutados entre las mejores tropas del Imperio, llegó el 30 de noviembre a la ladera Norte de Somosierra⁵⁸. Defendía el paso el general San Juan, que mandaba 8.000 hombres, con cuatro baterías. Napoleón hizo cargar, unos tras otro, dos escuadrones de Caballería por la misma carretera, quebrando la resistencia⁵⁹. Una hábil maniobra envolvente dio al Emperador una fácil victoria. Los españoles se vieron obligados a dispersarse y a huir por lo que el camino hacia Madrid quedaba libre y expedito.

En efecto, el 4 de diciembre se firmó la capitulación de Madrid entre el general español Morla y el francés Berthier. Napoleón se alojó en Chamartín, en la quinta del duque del Infantado. La Junta Suprema Gubernativa del Reino, desde su sede el palacio de Aranjuez, trató de contener al ejército imperial pero cuando llegó la noticia del triunfo de Napoleón en Somosierra, se vio obligada a trasladarse con toda celeridad a Sevilla, donde fue recibida con entusiasmo. El 28 de diciembre murió el conde de Florida-Blanca y en su lugar se designó al marqués de Astorga.

La batalla de Ocaña, el 19 de noviembre de 1809, en la que el Ejército español fue deshecho, permitió a José Bonaparte realizar una expedición triunfal por Andalucía y la Junta Central Gubernativa hubo de abandonar Sevilla ante la invasión francesa y refugiarse en un lugar seguro, en la isla de León. El duque de Alburquerque llevó a marchas forzadas a su división y pudo guarnecerla en la ciudad de Cádiz, considerada como inexpugnable y que contaba con el apoyo de la escuadra inglesa. La retirada de la Junta Suprema Gubernativa sembró tal desconcierto que resucitó el particularismo y resurgieron las Juntas locales.

La Batalla de Bailén también tuvo su repercusión en Europa. Don Martín de Garay redactó un escrito, por orden de la Junta Suprema, en el que sugería a los gobiernos de Alemania y Rusia un desquite. Ante el peligro de un resurgimiento bélico europeo, Napoleón abandonó apresuradamente España, el 17 de noviembre de 1809, rumbo a Francia.

⁵⁸ ESDAILE, C.: *La Guerra de la Independencia. Una Nueva Historia*, ed. Crítica, Barcelona, 2003, p. 171.

⁵⁹ DÍAZ DE VILLEGAS Y BUSTAMANTE, J.: *Nueva Geografía militar de España, países y mares limítrofes*, Madrid, 1953, p. 528.

BIBLIOGRAFÍA

- CÁCERES ESPEJO, C.: *El Ejército de Andalucía en la Guerra de la Independencia*, Ed. Algazara, Málaga, 1999.
- CONDE DE TORENO: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, B.A.E., Madrid, 1953.
- GEISENDORF-DES GOUTTES, T.: *Les prisonniers de guerre sous le Premier Empire. Goëles et pontons d'Espagne. L'expédition et la captivité d'Andalousie*, Ginebra, 1932.
- MARTÍNEZ RUIZ, E.: *El reino de Granada en la Guerra de la Independencia*, Diputación Provincial, Granada, 1997.
- MOZAS MESA, M.: *Bailén. Estudio político y militar de la gloriosa jornada*, Madrid, 1940.
- NAPIER; W. F. P.: *History of the war in the Península and in the south of France from the year 1807 to the year 1814*.
- OLIVA MARRA-LÓPEZ, A.: *Teodoro Reding en la España de su tiempo*, Cedma, Málaga, 2002.
- ORTI BELMONTE, M. A.: *Córdoba durante la Guerra de la Independencia (1808-1813)*, Córdoba, 1930.
- PRIEGO LÓPEZ, J.: *Guerra de la Independencia 1808-1814*, vol. II, Ed. San Martín, Madrid, 1989.
- RUBIO ARGÜELLES, Á.: *Apuntes Históricos malacitanos (1808-1812)*, Málaga, 1956.